

MONUMENTALIZACIÓN DEL PASADO, HISTORIOGRAFÍA Y MEMORIA MEDIÁTICA: EL HOLOCAUSTO Y LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

José Carlos Rueda Laffond*

* Universidad Complutense de Madrid, España. Email: jcrueda@pdi.ucm.es

Recibido: 5 septiembre 2014 / Revisado: 12 febrero 2015 / Aceptado: 29 junio 2015 / Publicado: 15 octubre 2015

Resumen: Este trabajo aborda dos estudios de casos claramente diferenciados: el Holocausto judío y la Transición democrática española. El artículo analiza ambos episodios históricos como muestras de "monumentalización del pasado", en relación con los usos públicos de la Historia y las políticas de memoria. Aborda cuáles han sido las características esenciales que han definido su presencia a gran escala. Para ello, establece una panorámica general que aborda las claves del debate historiográfico y las estrategias de representación mediática.

Palabras claves: Memoria mediática, Políticas de memoria, Representación, Historiografía, Holocausto, Transición democrática española.

Abstract: This paper examines two case studies: the Holocaust and the Spanish democratic transition. The article examines both historical episodes as examples of "monuments of the past", in relation to public uses of history and politics of memory. The text discusses the essential characteristics that have defined their presence on a large scale. Highlights, to this end, an overview that addresses the key of these historiographical debates and the main strategies of their media representation.

Keywords: Media Memory, Politics of Memory, Representation, Historiography, Holocaust, Spanish Democratic Transition.

1. DOS OBJETOS DE HISTORIA MODÉLICA¹

Este trabajo tiene un carácter general. Se aproxima a un conjunto de aspectos que, por motivos de espacio, deben resumirse a sus trazas fundamentales. El objetivo es establecer un breve recorrido por la intersección entre debate historiográfico y estrategias de representación mediática. Para ello se atenderá a varias categorías (uso público de la historia, monumentalización del pasado, memoria mediática o generación), y, ya como estudios de caso, a su aplicación ante el genocidio nazi y la transición democrática española.

Evidentemente son temáticas muy alejadas entre sí por su naturaleza y factores de singularidad, por sus escalas de interpretación y debate, o por su disímil traducción en términos de narración mediática. Incluso puede argüirse que se trata de fenómenos opuestos e incomparables. La Solución Final ha sido explicada como combinación letal que entremezcló la "manifestación más extrema de

¹ La realización de este artículo se enmarca en el desarrollo de los proyectos "Memorias en segundo grado: Posmemoria de la Guerra Civil y el franquismo en la España del siglo XXI" (URV y Banco de Santander, 2013-LINE-01); y "Memorias en segundo grado: Posmemoria de la Guerra civil, el franquismo y la transición democrática en la sociedad española contemporánea" (Ministerio de Economía y Competitividad, CSO2013-41594-P).

ideología absolutista” –ejecutar, de forma radical e inflexible, una práctica de eliminación racial–, junto a la “maquinaria estatal más avanzada” y la “tecnología más desarrollada” de Europa². La transición española define, en cambio, un proceso, frontalmente inverso de cambio político en poco tiempo, que supuso la transmutación de un régimen dictatorial a una democracia parlamentaria.

La interpretación del genocidio nazi se ha enmarcado en unas coordenadas historiográficas internacionales, si bien ha sido objeto de interés tanto para un amplio grupo de historiadores alemanes como israelíes. En cambio, la transición española ha sido un tema prioritariamente nacional, aunque tampoco han faltado los estudios que la han emplazado en una perspectiva comparativa, en relación con la llamada “tercera ola” que incluiría las transiciones portuguesa y griega, los procesos de democratización en América Latina o los vividos en Europa oriental tras 1989³.

Sin embargo, a pesar de tales diferencias, las temáticas aquí escogidas muestran perfiles compartidos. Son muestras de historia modélica y constituyen episodios con relevante presencia historiográfica. Su sentido como hechos pasados con visibilidad presente y que pueden fijar enseñanzas cara al futuro permite relacionarlos, además, con la memoria colectiva (y con la más vaga y amplia memoria social), así como con políticas de recuerdo oficial. Complementariamente, ambos referentes han presentado un intenso tratamiento en la prensa, la literatura divulgativa, el cine o la televisión.

2. USOS PÚBLICOS DE LA HISTORIA

Estos últimos rasgos permiten apreciar el genocidio nazi y la transición española como objetos de historia pública. Dicha expresión alude a las prácticas de divulgación generalista del pasado y a la circulación de imaginarios en

la cultura popular⁴. Pero también a los usos públicos de la historia, es decir, a las formas de encuadrar el pasado, a sus intencionalidades ante el espacio público, o a sus funciones pedagógicas, políticas y morales.

Tales cuestiones fueron suscitadas en 1986 en una reflexión de Jürgen Habermas al hilo de la llamada “querrela de los historiadores” (Historikerstreit)⁵. El detonante de aquel debate fue un artículo conmemorativo sobre el Día D de Ernst Nolte donde exponía una revisión del régimen nazi a partir de su hipotética relación vicaria con el bolchevismo⁶. Desde esa premisa, Nolte generó una ácida reyerta centrada en la naturaleza del III Reich y en sus crímenes (¿únicos y originales, o una readaptación de la violencia soviética?). La clave del asunto pivotaba entonces, como sintetizó Charles S. Maier, en discutir el estatus de Auschwitz (¿mal incomparable o espécimen de genocidio?), y plantear su incidencia en la actualidad (¿un hecho de tal relieve que no puede elaborarse ni normalizarse historiográficamente, provocando que la nación alemana quede marcada para siempre?, ¿o un episodio que debe relativizarse, al situarse en un panorama más amplio de violencia, tal y como argüía Nolte?)⁷.

La participación de Habermas en la Historikerstreit es relevante. Por un lado, porque aportó una perspectiva afín a varios historiadores progresistas (Jürgen Kocka, Hans y Wolfgang Mommsen), pero también diferenciada de ellos. Y, por otra parte, porque estableció una primera categorización sobre uso público de la historia, fijando una nómina de aspectos que se han mantenido hasta el día de hoy⁸. Cabe subrayar, en concreto, tres cuestiones: el tránsito de lo historiográfico a lo político

² Kershaw, I., *Hitler, los alemanes y la Solución Final*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, 57.

³ Huntington, S. P., *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1994.

⁴ Cfr. con Brittan, D. F., “Historia pública y memoria pública”. *Ayer*, 32 (1998), 147-162.

⁵ Habermas, J., “Vom öffentlichen Gebrauch der Historie”. *Die Zeit*, 7 de noviembre de 1986.

⁶ Nolte, E., “Vergangenheit, die nicht vergehen will”. *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 6 de junio de 1986.

⁷ Maier, Ch. S., *The Unmasterable Past. History, Holocaust, and German National Identity*. Cambridge, Harvard University Press, 1988, 1.

⁸ Como perspectiva de conjunto, Peiró Martín, I., “La era de la memoria: reflexiones sobre la historia, la opinión pública y los historiadores”. *Memoria y Civilización*, 7 (2004), 243-294.

en virtud de su emplazamiento en el espacio público, las implicaciones identitarias y generacionales, y el papel jugado por los medios.

La idea medular de Habermas es que la *Historikerstreit* no era una polémica restringida a la academia: ahí estribaba la carga de profundidad lanzada por Nolte. Habermas reconocía que sus tesis “no eran un pecado” siempre en cuando se hubiesen quedado en el nivel de lo que denominó la “tercera persona” (la objetivización propia del análisis historiográfico, algo que, según Habermas, ineludiblemente conduce a una cierta relativización). Pero los argumentos “abstrusos” de Nolte habían sido publicados en un medio generalista, con lo cual trascendieron de la “tercera” a la “primera persona”, es decir al “nosotros” y al campo del imperativo moral categórico. Esa irrupción en la esfera pública trastocaba la naturaleza del tratamiento del pasado, adquiriendo un rango político. Por eso debía subrayarse la vigencia de la responsabilidad compartida, la imposibilidad de relativizar Auschwitz o de efectuar ningún tipo de comparativa, pues “el período nazi es el filtro a través del cual pasa la esencia de nuestra cultura”, y cualquier banalización haría irrespirable Alemania tanto a los hijos o nietos de las víctimas como a los hijos o nietos de la generación de alemanes que vivió el III Reich. Es decir, para Habermas las ideas de paso del tiempo o renovación vital esgrimidas por Nolte eran meras coartadas, puesto que la identidad alemana —entendida como sucesión generacional, pero también como proyecto comunitario— se fundaba en una matriz “envenenada por crímenes inexpresables”, lo cual exigía un presente y un futuro basados en “mantener viva la memoria del sufrimiento”.

Estas consideraciones deben enmarcarse en un entorno problemático. Como señaló Gonzalo Pasamar, a pesar de que el uso público de la historia constituía el eje vertebral del alegato de Habermas, los participantes en la *Historikerstreit* apenas reflexionaron sobre dicha dimensión, centrándose, en cambio, en cuestiones historiográficas especializadas⁹. Este

⁹ Pasamar, G., “Los historiadores y el uso público de la historia: viejo problema y desafío reciente”. *Ayer*, 49 (2003), 238.

hecho refleja un aspecto más amplio. Con cierta frecuencia, la reflexión historiográfica —incluso la explícitamente interesada por problemas de divulgación social de la historia— opta por no abordar con detalle las representaciones y mediaciones generalistas del pasado, dando por hecho que los medios manipulan, exageran o banalizan. Un problema similar puede producirse a la inversa, en el caso de las interpretaciones que priorizan el análisis textual o la visión sociológica de los medios, pero desatienden el estado de la cuestión historiográfico. Con ello se corre el riesgo de caer en simplificaciones o en supuestos especulativos. Pero la distancia entre historiografía y estudios mediáticos es relativa. A pesar del decaimiento académico de las humanidades, los medios insisten en focalizar su atención en cuestiones o tratamientos históricos¹⁰. Ello debe relacionarse con el relieve cuantitativo (audiencia) que alcanzan muchas producciones cinematográficas o televisivas. Y también con su importancia cualitativa a la hora de generar, reforzar y reproducir determinadas significaciones entre los espectadores¹¹.

Un campo de interés mutuo para la historiografía y los estudios mediáticos es la memoria, si bien es cierto que no han faltado llamadas de atención sobre la confusión que ese término trajo consigo. A inicios del siglo XXI Juan José Carreras advertía que la “hipóstasis de la memoria” estaba actuando entre los historiadores como “la Virgen Santísima, (multiplicando) su presencia en los más diversos lugares merced a sus diversas advocaciones”, canibalizando asuntos clásicos de la reflexión historiográfica, como “conciencia histórica, imágenes de la historia, tradiciones, mentalidades, escuelas historiográficas, o actividades tan usuales como la enseñanza de la historia, bautizada ahora como gestión de la memoria”¹². Es por ello que la inflación

¹⁰ Anania, F., *I mass media tra storia e memoria*, Roma, RAI-ERI, 2008, 7-54.

¹¹ Edgerton, G. R., “Television as Historian. A different Kind of History Altogether”, en G. R. Edgerton y P. C. Rollins (eds.), *Television Histories. Shaping Collective Memory in the Media Age*. Kentucky, Kentucky University Press, 2001, 1-2.

¹² Carreras, J. J., “¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia?”, en A. Sabio y C.

memorialista ha provocado la necesidad de clarificar lindes y recuperar claves de especificidad epistemológica. Ahí cabe situar consideraciones como que “la memoria perpetúa el pasado en el presente, (mientras que) la Historia fija el pasado en un orden temporal cerrado, cumplido, organizado según criterios racionales, en las antípodas de la experiencia subjetiva de lo vivido”; o aquella otra que ve a la historia como “todo aquel pasado que no tiene actualidad”¹³.

En otros casos la especificidad de lo historiográfico se formuló aludiendo a una tradición enraizada en la Ilustración. Según Arno J. Mayer, “desde el Iluminismo los historiadores han compartido ciertas ideas de causalidad y exactitud. También han supuesto que el pasado es accesible por ser profano y no providencial. Además, en lugar de dar rienda suelta a su subjetividad, se supone que deben controlarla”. Tales claves marcarían la distancia entre la “Musa de la historia” y la “Musa de la memoria”¹⁴. No obstante, ha sido la discusión de esos postulados asociados a nociones como ciencia u objetividad un factor que coadyuvó, desde los años ochenta, en la profusión memorialista. El resultado ha sido un contexto fragmentado. En él figuró la apuesta por el giro lingüístico y el subjetivismo, así como la consideración del trabajo historiográfico como práctica profesionalizada de memoria en pie de igualdad con otras estrategias de rememoración. Pero igualmente la reivindicación de la memoria como terreno de renovación historiográfico ante la fractura de los paradigmas omnicomprendidos, tal y como se postuló desde la Nouvelle Histoire o la historia del tiempo presente. Tales coordenadas complican los consensos, pero asimismo han

facilitado espacios de convergencia interdisciplinar¹⁵.

3. MONUMENTALIZACIÓN, MEMORIA MEDIÁTICA, TIEMPO Y GENERACIÓN

El texto de Habermas plantea la cuestión de la jerarquía entre discurso historiográfico e imperativo de memoria. En un conflicto en la esfera pública, según este autor, la discusión histórica estaría subordinado a la memoria. Paralelamente, su alegato diferencia entre narrativas que fijan imaginarios según criterios de moralidad pública y otros que encarnan intereses políticos parciales. Estas cuestiones conectan con la monumentalización del pasado y con el rol de los medios.

El término monumentalización alude a prácticas que resaltan la trascendencia de ciertos personajes, acontecimientos o procesos en términos de presencia pública y conmemoración a gran escala. La monumentalización no es exclusiva de la contemporaneidad. Incluso puede estimarse que, en lo que tiene de homenaje, reitera un hábito preindustrial. Se distinguiría por un intenso potencial simbólico y moralizador, ensamblando hecho, presencia virtual y perpetuación hacia generaciones venideras. Paralelamente, en tanto que se inscribe en una dinámica de socialización mnemónica, se fundamentaría en la apelación a la afirmación inclusiva, aspecto que conlleva la negación, más o menos radical, de hechos o sujetos opuestos. La conmemoración de una victoria sólo es posible desde la derrota de un Otro. Por otra parte, que la monumentalización aspire a la inclusión generalizada no supone que actúe de forma absoluta y sin fisuras. Las memorias colectivas son un magma donde pueden coexistir múltiples acciones y respuestas, o revisiones y contra-conmemoraciones.

Tales aspectos nos trasladan al ámbito de los medios, concibiéndolos no como simples transmisores o canales de información, sino como emplazamientos estratégicos donde el pasado es monumentalizado. Estas operaciones

Forcadell (coords.), *Las escalas del pasado*. Barbastro, UNED, 2005, 16.

¹³ González Calleja, E., *Memoria e Historia. Vademécum de conceptos y debates fundamentales*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013, 94; y Manzano, E., “La memoria, el olvido y la historia”, en J. S. Pérez Garzón y E. Manzano, *Memoria histórica*. Madrid, CSIC, 2010, 92.

¹⁴ Mayer, A. J., *Why Did the Heavens Not Darken? The “Final Solution” in History*. Nueva York, Pantheon, 1988, 17.

¹⁵ Cfr. con Roediger, H. L. y Wertsch, J. V., “Creating a New Discipline of Memory Studies”. *Memory Studies*, 1 (2008), 9-22.

deben emplazarse en una coordenada definida: la memoria mediática¹⁶. Es decir, en relación con los modos de exploración y exposición del pasado *en y a través* de los medios, y con su carácter como agentes activos que intervienen en los procesos de afirmación, discusión, negociación o contestación de las memorias colectivas¹⁷. La memoria mediática surge de la combinación entre muchos elementos: del rol del profesional (periodista, guionista, realizador) como instancia que usa y (re)produce tales memorias. También de cuál es su voluntad y capacidad para interpretar el pasado, erigiéndose incluso en lo que Paul Ricoeur tipificó como “historiador suplente”. Otro factor se refiere a cómo los estándares de producción (pautas de género y formato; criterios comerciales o línea editorial) condicionan las representaciones del pasado, y a cómo se resuelven las interacciones con la audiencia. Finalmente, habría que considerar las implicaciones entre medios, sistemas de poder, normativas culturales y señas de identidad¹⁸.

A ello cabría sumar otros aspectos: la continuidad o fractura de ciertos hitos, y su rechazo o apropiación por colectivos generacionales. La monumentalización se fundamenta en la permanencia. A pesar de que un rasgo de las narrativas mediáticas es su carácter como productos de consumo en presente, la conmemoración permite dar continuidad a un hito de recuerdo, insertándolo en un calendario dotado de regularidad y previsibilidad. De esta forma, la monumentalización se vincula con determinados mapas del tiempo que ofrecen significaciones variadas y que combinan hechos

capitales con áreas yermas¹⁹. Pero tales mapas no son estáticos. Un factor que puede distorsionarlos viene dado por las alteraciones en la memoria generacional. Esta consideración ha sido apuntada en estudios que han abordado las variaciones en la jerarquía de hitos de recuerdo según colectivos de edad²⁰. Ello sugiere el agotamiento de la capacidad conmemorativa de ciertos eventos monumentalizados. Sin embargo, como destacó Maurice Halbwachs, memoria generacional también debe entenderse como apropiación e interiorización de valores precedentes sin que suponga una traslación mimética, sino una reelaboración²¹.

Las implicaciones generacionales del genocidio nazi y la transición han sido advertidas de distinto modo. Jay Winter ha remarcado el sentido expansivo (“boom de memoria”) del recuerdo sobre el Holocausto, en correspondencia con su asimilación por parte de la segunda y tercera generación (hijos y nietos de las víctimas). Esta expansión se ha reflejado en la ampliación territorial de los focos de remembranza o en la proliferación y diversificación de narrativas. El paso del tiempo, podría decirse, ha amplificado el rango monumental del evento, que se ha reproducido y ramificado en su dimensión simbólica. Las producciones mediáticas, junto al recuerdo indirecto (vivencias familiares), fundamentan el concepto de posmemoria propuesto por Marianne Hirsch. La transferencia emocional y la dicotomía distancia/presencia del trauma figura, igualmente, en la reflexión de Yosefa Loshitzky sobre “víctimas híbridas”²².

¹⁶ Neiger, M. y otros autores, “On Media Memory: Editors’ Introduction”, en M. Neiger y otros autores (eds.), *On Media Memory. Collective Memory in a New Media Age*. Londres, Palgrave Macmillan, 2011, 4-5.

¹⁷ Zelizer, B., “Reading the Past Against the Grain: the Shape of Memory Studies”. *Critical Studies in Mass Communication*, 12, 2 (1995), 214.

¹⁸ Edy, A. J., “Journalistic Uses of Collective Memory”. *Journal of Communication*, 49 (1999), 71-85; y Ricoeur, P., *Tiempo y narración, III. El tiempo narrado*. México, Siglo XXI, 1996, 783 y 991.

¹⁹ Zerubavel, E., *Hidden Rhythms: Schedules and Calendars in Social Life*. Berkeley, University of California Press, 1981, 2-7; y *Time Maps. Collective Memory and the Social Shape of the Past*. The University of Chicago Press, 2005, 4-8.

²⁰ Schuman, H. y Scott, J., “Generations and Collective Memories”. *American Sociological Review*, 54 (1989), 359-381.

²¹ Halbwachs, M., *On Collective Memory*. Chicago, The University of Chicago Press, 1992 (1925), 52-54.

²² Winter, J., “The Generation of Memory: Reflections on the Memory Boom in Contemporary Historical Studies”. *Archives & Social Studies*, 1 (2007), 363-397; Hirsch, M., *Family Frames. Photography, Narrative, and Postmemory*. Harvard, University Press, 1997; Loshitzky, Y., “Hybrid Victims: Second Generation Israelis Screen the Holocaust”,

La memoria generacional sobre la transición se ha valorado desde otro prisma. Se ha emplazado en un contexto más amplio, en correspondencia con el evocación de la Guerra Civil. Simplificando los argumentos, se ha apuntado que el recuerdo traumático indirecto de la generación de hijos de la guerra explicaría el imperativo de memoria (reconciliación) dominante durante la transición. En cambio, desde los años noventa, coincidiendo con la llegada de la tercera generación, se habría producido la emergencia de un nuevo imperativo (reparación), que conllevó la denuncia de la transición como fase de amnesia y su desacralización como hito ejemplar²³.

4. PAUTAS DE REPRESENTACIÓN Y DEBATE SOBRE EL GENOCIDIO NAZI

Los siguientes apartados contemplarán una dimensión más del concepto generación. Además de su acepción obvia (grupo de edad), puede entenderse como “sistema de convenciones prevalentes” en vigor durante un cierto período²⁴. Desde este prisma se valorarán reflexiones propuestas desde la historiografía y los medios, en relación con genealogías interpretativas y políticas de memoria.

Una constante sobre el nazismo han sido las visiones dirigidas a fijarlo como un régimen consustancialmente represivo. Esta categorización arrancó de los años treinta y se amplificó en la posguerra. La historiografía pionera atendió a cuestiones como la responsabilidad colectiva o el “sendero especial” (sonderweg), tesis que aludía a las particularidades alemanas en su evolución

hacia el III Reich²⁵. Sin embargo, en las representaciones audiovisuales iniciales apenas sí se atendió a la particularización étnica o cultural de las víctimas, neutralizándose su identidad judía. Tal invisibilidad caracterizó a *The Stranger* (Orson Welles, 1947), un film que tipificaba al nazismo como sistema exterminador. Por su parte, tanto en la ficción *The Search* (Fred Zinnemann, 1948), como en el documental *Nuit et brouillard* (Alain Resnais, 1955), la especificidad judía se subordinó a otros criterios identitarios, como los orígenes europeos o la adscripción política.

La asimetría entre inflación del nazismo y relativización judía también caracterizó al ámbito historiográfico. Hasta inicios de los sesenta apenas se publicaron investigaciones monográficas o relatos autobiográficos, aunque alguno de ellos llegó a alcanzar cierto eco relativo²⁶. En esta misma secuencia debe situarse la lenta institucionalización de las políticas de memoria israelíes. En 1947 tuvo lugar una primera conferencia sobre el genocidio en la Universidad Hebrea de Jerusalén, y al año siguiente se abrió un espacio de recuerdo en el monte Sión. Pero no fue hasta 1953 cuando la Knesset aprobó la creación del memorial Yad Vashem, cuyo primer complejo se inauguró en 1957.

La eclosión del tema del exterminio en la esfera pública tuvo lugar a raíz del proceso a Adolf Eichmann (1961). Aquel juicio tuvo una intensa proyección mediática al ser televisado en directo y contar con amplia cobertura periodística. Sus sesiones a puerta abierta actuaron de espacio de visibilidad pública para la memoria traumática, ayudando a generalizar el concepto Holocausto –un término que figuraba en la Declaración de Independencia del 14 de mayo de 1948– más allá de las fronteras israelíes. La causa contra Eichmann provocó, igualmente, un discutido ensayo de Hannah

en B. Zelizer (ed.), *Visual Culture and the Holocaust*. Rutgers University Press, 2001, 152-177.

²³ Aróstegui, J., “Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil”, en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006, 57-93; Cuesta, J., “Las capas de la memoria. Contemporaneidad, sucesión y transmisión generacionales en España (1931-2006)”. *Hispania Nova*, 7 (2007); y Boyd, C. P., “The Politics of History and Memory in Democratic Spain”. *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 617 (2008), 133-148.

²⁴ Marías, J., *El método histórico de las generaciones*. Madrid, Revista de Occidente, 1967.

²⁵ Cfr. Meinecke, F., *Die deutsche Katastrophe. Betrachtungen und Erinnerungen*. Wiesbaden, Brockhaus, 1946, o Montgomery, W., *From Luther to Hitler. The History of Nazi-Fascist Philosophy*. Boston, Houghton Mifflin, 1941.

²⁶ Hilberg, R., *The Destruction of the European Jews*. Londres, W. H. Allen, 1961, y Frankl, V., *Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager*. Viena, Verlag für Jugend und Volk, 1946.

Arendt. Su principal controversia se situó en el hipotético colaboracionismo de algunos consejos judíos con las autoridades nazis²⁷. No era una tesis en absoluto original. Pero generó una intensa reacción periodística y publicística, en un contexto caracterizado por la mediatización del nazismo en el imaginario popular, tanto gracias al cine como a la historiografía divulgativa²⁸.

La monumentalización pública del Holocausto se produjo desde los años setenta, en el contexto de la segunda generación de memoria. En este hecho influyeron factores culturales, políticos y de tensión internacional, así como la sensación de acoso en la sociedad israelí, en particular en el período que medió entre la guerra de los Seis Días (1967) y la de Yom Kipur (1973). Además, esa progresiva monumentalización facilitó otorgar entidad académica al genocidio y honrar el recuerdo de las víctimas, en un momento en que producían los envites más tendenciosos del negacionismo.

En esas coordenadas tuvo lugar la transferencia del Holocausto del cine a la televisión, y con ello al *prime time* y a las audiencias millonarias. Bien es cierto que alguna serie documental, como la británica *The World at War* (Jeremy Isaacs, 1973), había dedicado atención monográfica al tema. Pero fue la ficción norteamericana *Holocaust* (Marvin J. Chomsky, 1978) quien le dio definitiva presencia pública (se ha calculado en más de cien millones de espectadores la audiencia cosechada sólo en Estados Unidos). Esta producción reorientaba las claves de significación sobre el III Reich, invirtiendo los términos clásicos: la óptica no era ya mostrar un régimen represivo y en guerra donde podía insertarse, como apéndice, la persecución judía; sino mostrar un exterminismo desde el cual se desplegaban la represión, el expansionismo, las esencias nazis y, como corolario reactivo, la afirmación identitaria judía.

²⁷ Arendt, H., *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona, Lumen, 1999 (1963), 70-186.

²⁸ La polémica, en Novick, P., *Judíos, ¿vergüenza o victimismo? El Holocausto en la vida americana*. Madrid, Marcial Pons, 2007, 143-163. Recuérdese el *best seller* de Shirer, W. L., *The Rise and Fall of the Third Reich*. Nueva York, Simon & Schuster, 1960.

Durante los años setenta surgieron las tesis que valoraron el Holocausto como hecho sin parangón frente a otros episodios de violencia, y como fruto de una “psicopatología colectiva” enraizada con el antisemitismo secular²⁹. Esta perspectiva presentó el genocidio como episodio final en la “guerra contra los judíos”, y con frecuencia lo asoció con una dimensión escatológica. Su máxima expresión se reflejó en la sentencia de Elie Wiesel de que “Auschwitz no puede visualizarse ni explicarse. Culminación o aberración de la historia, el Holocausto trasciende la historia”³⁰. Los riesgos ligados a esa estimación totalizadora de la Solución Final eran evidentes. En un repaso historiográfico, Ian Kershaw partía de distinguir entre aquellos que defendían la visión “inexplicable” frente a los interesados en entender los factores que hicieron posible el Holocausto, por mucho que en esta perspectiva hubiese enfoques diferenciados (intencionalistas frente a funcionalistas)³¹.

Holocaust reflejaba el consenso social en la Alemania de Hitler. Esa imagen chocaba con ciertas líneas de trabajo interesadas por explorar la historia de la vida diaria (Alltagsgeschichte), y el universo de opiniones ciudadanas –de apoyo, resistencia o indiferencia– ante el poder político³². La cuestión de si podía concebirse la cotidianeidad prescindiendo de la Solución Final sirvió de eje para el debate epistolar entablado en 1987 por los historiadores Martin Broszat y Saul Friedländer³³. El primero fue miembro de las Juventudes Hitlerianas, mientras que los padres de Friedländer fueron asesinados en Auschwitz. Se trataba, pues, de una discusión académica, pero inevitablemente tamizada por la

²⁹ Friedländer, S., *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva*. Barcelona, Gedisa, 2004 (1971), 10-14.

³⁰ Wiesel, E., *Et la mer n'est pas remplie. Mémoires*, 2. París, Gallimard, 1996, 164.

³¹ Kershaw, I., *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires, 2004, 131-132.

³² Broszat, M. y Fröhlich, E. (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*. Múnich y Viena, Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt, 1979-1980; Kershaw, I., *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich*. Bavaria, 1933-1945, Oxford, University Press, 1983.

³³ *Yad Vashem Studies*, 19 (1988).

experiencia personal. Para Broszat, normalizar el tratamiento del III Reich no conllevaba una “falsa normalización de la conciencia histórica”, y, menos aún, una relativización de los crímenes. Era, por el contrario, un intento por comprender desde el “distanciamiento crítico” y no sólo desde el juicio moral. Desde esta óptica situaba su interpretación sobre autonomía relativa de la vida social frente a la esfera criminal nazi. Friedländer destacó, por el contrario, que esa “dimensión criminal” lo empapó todo, invalidando la normalización, imposibilitando cualquier distanciamiento objetivo e, incluso, incapacitando la narración histórica. Al evocar el ahorcamiento de una veintena de niños judíos en Bullenshuser Damm, Friedländer estimó que ante tal “escenario de horror ninguna descripción es posible”.

Este argumento debe relacionarse con otro tipo de implicaciones en el discurso histórico. En 1985 se estrenó el documental *Shoah*, del antiguo miembro de la Resistencia Claude Lanzmann. Constituyó la mejor expresión por evidenciar los límites de representación en el tratamiento del Holocausto. Según su autor, el film trascendía toda narrativa interpretativa y documental, erigiéndose en “obra de arte” desligada de la descripción histórica. Semejante consideración ha sido entendida como mirada posmoderna y posestructuralista³⁴. La película evidenció un clima intelectual definido por la fractura de los paradigmas clásicos y por la duda sobre la capacidad del trabajo historiográfico para aprehender la realidad. *Shoah* llamaba la atención sobre la crisis de los modelos tradicionales de “constructividad del pasado”, dando estatus de plena autoridad al testigo testimonial³⁵. La era de la historia cedía el paso a la era de la memoria.

Pero la década de los noventa no supuso el fin de la historia, y desde la historiografía se reprochó, aunque con diferentes graduaciones, lo que se percibía como abuso de memoria. Pueden mencionarse algunas manifestaciones de autores coincidentes en su adscripción

³⁴ LaCapra, D., *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, 115 y ss.

³⁵ Baer, A., *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*. Madrid, CIS, 2005, 119-125.

cultural y generacional (intelectuales anglosajones de origen judío nacidos entre 1934 y 1953). Sus perspectivas oscilaron entre el rechazo y el análisis crítico de las dimensiones teleológicas o anacrónicas asociables al tratamiento público de la Shoah. La posición más polémica la encarnó Norman G. Finkelstein, hijo de prisioneros en Auschwitz y Majdanek, en un durísimo alegato contra lo que definió como “representación ideológica” del Holocausto dirigida a mercantilizar el sufrimiento. Una postura mucho más matizada fue la de Peter Novick en su ensayo sobre los factores que, desde finales de los sesenta, lo habrían llevado al centro de la conciencia judía norteamericana, entre los que resaltó la creciente identificación con Israel. Por su parte, Charles S. Maier explicó la inauguración del Museo del Holocausto de Washington (1993) como síntoma de la “adicción (contemporánea) a la memoria” y de la crisis de las perspectivas de progreso, al encarnar un modelo conmemorativo luctuoso, de eco nacionalista y “etnicidad estrecha”. Finalmente, Tony Judt apuntó problemas como que el insistente recuerdo del genocidio nazi desplazase a otras memorias traumáticas, los “riesgos de sobrecompensación” o su uso desde intereses de presente³⁶.

Estas tesis coincidieron con la eclosión en Israel de un grupo de “nuevos historiadores” (HaHistoryonim Hahadashim), una etiqueta que pretendía evidenciar un sentido de segunda generación. La corriente se identificó con un enfoque post-sionista. Se centró en revisar polémicamente la Guerra de Independencia desde una óptica donde no faltaron ni las denuncias a los “viejos historiadores” (los coetáneos a 1948, acusados de formular una versión oficial sobre la fundación nacional contaminada de experiencias personales), ni

³⁶ Finkelstein, N. G., *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*. Madrid, Siglo XXI, 2002 (2000); Novick, P., *Judíos, ¿vergüenza o victimismo?...*; Maier, Ch. S., “A Surfeit of Memory? Reflections on History, Melancholy and Denial.” *History & Memory* (1993), 136-151; Judt, T., “Demasiado Holocausto mata al Holocausto”. *Le Monde Diplomatique*, 154 (2008), 12-13.

tampoco ácidas colisiones con otros críticos (polémica Finkelstein-Benny Morris, 1991)³⁷.

Todas estas tensiones deben situarse, a su vez, en un contexto más amplio caracterizado por el ensanchamiento del Holocausto como referente de memoria, pero también por la diversificación en sus estrategias de interpretación, valoración y representación. Los años noventa supusieron la institucionalización de los estudios académicos, lo cual se reflejó en la multiplicación de publicaciones –*Holocaust and Genocide Studies* comenzó a editarse a finales de los ochenta, y poco después lo haría la colección *Yad Vashem Publications*–, o de visiones de conjunto que evidenciaban la creciente amplitud de sub-temas de trabajo³⁸. Otra variable provino de la proliferación de narrativas audiovisuales. Un título clave fue *Schindler's List* (Steven Spielberg, 1993). Las críticas al film en Alemania fueron positivas. Se le estimó como terapia contra la amnesia colectiva capaz de armonizar las posiciones del colaboracionismo pasivo y el rechazo moral³⁹. La resolución de la trama mostraba una catarsis última al oponer el destino de los protagonistas: el nazi militante (Amon Leopold Goeth) era ejecutado, mientras que el civil alemán (Oskar Schindler) era reconocido como Justo entre las Naciones. Una conclusión que, en todo caso, corría el riesgo de confundir excepción con norma, si el espectador caía en el error de apreciar a Schindler como prototipo de las actitudes dominantes entre el empresariado alemán en 1933-1945⁴⁰.

La respuesta a Spielberg procedió de la historiografía. En 1996 se publicó un estudio del estadounidense Daniel J. Goldhagen precedido

³⁷ Como textos opuestos, Morris, B (ed.), *Making Israel*. University of Michigan Press, 2007, y Karsh, E., *Fabricating Israeli History: The "New Historians"*. Londres, Frank Cass, 2000.

³⁸ Cfr. con Berenbaum, M. y Peck, A. J. (eds.), *The Holocaust and History*. Indiana University Press, 1998.

³⁹ Olmo Rodríguez, M^a. F., "El recuerdo colectivo del Holocausto a través del cine y la televisión. Sus implicaciones para el historiador", en C. Forcadell y otros autores, *Usos de la historia y políticas de la memoria*. Zaragoza, Prensas Universitarias, 2004, 131.

⁴⁰ Sand, S., *El siglo XX en la pantalla*. Barcelona, Crítica, 2004, 353-354.

de una intensa campaña editorial⁴¹. En Alemania fue un éxito de ventas y alimentó varios debates en prensa y televisión. Goldhagen explicó la actitud de los "alemanes corrientes" ante el genocidio en términos de intensa colaboración activa, cuando no de despiadada ejecución directa. De este modo Goldhagen, frente al personaje singular de Schindler, contra-leía al sujeto colectivo. Insistió en que no proponía una tesis sobre la culpabilidad colectiva, pero sí habló de "extensa culpa individual". Su interpretación superaba el estricto círculo de responsabilidad de las altas instancias que ordenaron o planificaron la Shoah. En tales coordenadas, Hitler y su elite de poder habrían actuado como catalizadores de una prolongada cultura antisemita que culminó en el proyecto exterminador. Estas tesis movilizaron a numerosos historiadores y periodistas, como Christopher R. Browning, Gordon Craig, Hans-Ulrich Wehler o Hans Mommsen⁴². Las críticas no se centraron en la idea de Goldhagen de colaboración consciente de alemanes corrientes en la violencia, sino en sus argumentos sobre el antisemitismo generalizado como factor unívoco que condujo al Holocausto. Otro argumento que salió a relucir fue la vinculación del estadounidense con su objeto de estudio, ya que su padre fue un superviviente del gueto rumano de Czernowitz.

El eco social logrado por este libro se ha interpretado en clave generacional, considerándose que proponía una visión clara y contundente para un público acostumbrado "al silencio de sus abuelos y a la ambigua actitud de sus padres"⁴³. De este modo, Goldhagen, un epígono de la segunda generación de memoria (nació en 1959), habría sacudido la memoria colectiva de la tercera generación de alemanes, los menores de cuarenta años. En cualquier caso, debe destacarse que desde inicios del siglo XXI, y tanto en la historiografía como en

⁴¹ Goldhagen, D. J., *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*. Madrid, Taurus, 1997 (1996).

⁴² Estos argumentos, en *La controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el Holocausto*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1997.

⁴³ Moreno Luzón, J., "El debate Goldhagen: los historiadores, el Holocausto y la identidad nacional alemana". *Historia y Política*, 1 (1999), 153-154.

las narrativas mediáticas, ha continuado discutiéndose la tesis de la culpabilidad. El debate académico sobre las actitudes sociales durante el nazismo ha seguido centrado entre los enfoques de “indiferencia letal” (Ian Kershaw) y “complicidad pasiva” (Otto Dov Kulka), previos a la obra de Goldhagen. En esta lógica se ha estudiado cómo las actitudes ante la represión judía se situaron en un marco más general de percepción definido por la sensación de eficacia del régimen nazi entre sus conciudadanos frente al desempleo o la delincuencia⁴⁴.

Respecto a los relatos televisivos no han faltado producciones que han seguido más la estela de *Schindler's List* que la de Goldhagen. En Alemania cabe mencionar el thriller político *Stauffenberg* (Jo Baier, 2004), el melodrama *Dresden* (Rolan Suso Richter, 2006), o el más ambiguo biopic *Rommel* (Niki Stein, 2012). Son ficciones que aludían a la idea de autonomía – militar, ciudadana o personal– frente al nazismo. En paralelo, otros documentales divulgativos impulsaron una versión nacional sobre el III Reich. Entre ellos destacan los trabajos del periodista Guido Knopp, en particular su serie *Holocaust* (2000), que ha sido interpretada como ejercicio de *infotainment* que “despertaba más simpatía por los perpetradores que por las víctimas”⁴⁵.

Pero pueden observarse otras escalas en paralelo al rango que ha ido adquiriendo el Holocausto en las coordenadas de la memoria cosmopolita. Esta noción alude a su re-territorialización en el contexto de globalización mediática⁴⁶. La Shoah sigue ocupando una posición fundamental en las políticas de conmemoración israelíes como eje de memoria inclusiva y ha sido rememorada como premisa necesaria para la construcción del Estado de

Israel en documentales como el estadounidense *The Long Way Home* (Mark J. Harris, 1997). Esta visión choca, a su vez, con la interpretación historiográfica que ha explicado la construcción nacional prescindiendo del Holocausto, y que ha fijado su atención en el Yishuv, el asentamiento judío en Palestina anterior a 1948⁴⁷.

Schindler's List ha sido estimado como muestra de “americanización” del Holocausto, aunque ha inspirado adaptaciones para otros contextos, como el telefilm italiano *El Consul Perlasca* (Alberto Negrin, 2002) o el español *El Ángel de Budapest* (Luis Oliveros, 2011)⁴⁸. En ambos países han tenido lugar, además, prácticas de apropiación desde prismas opuestos. En España, en relación con el discurso crítico de izquierda sobre memoria histórica, formulándose una visión de la represión franquista como holocausto nacional⁴⁹. Y en Italia, en correspondencia con las ficciones católicas de Lux Vide, una productora creada por el democristiano y miembro del Opus Dei Ettore Bernabei. Esta firma promovió un hagiográfico y controvertido *biopic* sobre Pío XII (*Sotto il cielo di Roma*, Christian Duguay, 2010), figura a su vez tildada de ambiguo colaboracionista con el nazismo por Goldhagen⁵⁰.

5. PAUTAS DE REPRESENTACIÓN Y DEBATE SOBRE LA TRANSICIÓN

La monumentalización de la transición española tuvo lugar desde los años ochenta, e, igual que se ha mencionado respecto al Holocausto, la historiografía y los medios jugaron un papel activo en dicho proceso. Lo que se ha llamado el “relato oficial” compondría una variante de dicha monumentalización. Tal derivación ha estado vinculada fundamentalmente con

⁴⁴ Gellately, R., *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*. Barcelona, Crítica, 2002 (2001).

⁴⁵ Elm, M., “The Holocaust and Infotainment. An Analysis of Guido Knopp’s Television Series *Holocaust*”, en Brinks, J. H. y otros autores (eds.), *National Myths and Modern Media*. Londres, IB Tauris, 2006, 161.

⁴⁶ Levy, D. y Szneider, N., *The Holocaust and Memory in the Global Age*. Filadelfia, Temple University, 2006.

⁴⁷ Mayer, A. J., *El arado y la espada*. Barcelona, Península, 2010.

⁴⁸ Flanzbaum, H., “The Americanization of the Holocaust”. *Journal of Genocide Research*, 1, 1 (1999), 94-97.

⁴⁹ Armengou, M. y Belis, R., *Las fosas del silencio ¿Hay un holocausto español?* Barcelona, Plaza y Janés/TVC, 2004.

⁵⁰ Goldhagen, D. J., *La Iglesia Católica y el Holocausto. Una deuda pendiente*. Madrid, Taurus, 2003 (2002).

ciertas narrativas de tono institucional político, y en menor grado con la historiografía, que ha mostrado desde sus orígenes un perfil plural y diversificado. Es en las ficciones y en algunos documentales televisivos donde puede observarse, de modo más evidente, un discurso basado en claves reiterativas: apreciar a la transición como resultado desde arriba, desde la acción de unas elites providenciales; el cariz pacífico y consensuado del proceso; su entidad como proyecto nacional español; su sentido modélico, o su plena vigencia en términos de presente. Por el contrario, los “relatos alternativos” se han centrado en discutir tales principios. Con frecuencia han partido de un prisma reivindicativo y reparador de memoria antifranquista, reflejando una percepción crítica de izquierda frente a lo que se ha considerado como propaganda orgánica del sistema. Su alcance ha sido comparativamente menor que el de los relatos oficiales si atendemos a su presencia en el conjunto de medios generalistas.

Como se indicó antes, se ha señalado una contradicción generacional como factor ante los cambios de memoria. Este hecho ha podido constatarse en algunos estudios de opinión. En noviembre de 2008 el barómetro del CIS reflejaba que la transición constituía un motivo de orgullo para el 75’7% de los encuestados, aunque sólo un 1’4% estimaba que su valor provenía de la actuación de Adolfo Suárez o del Rey, frente a otros aspectos, como su carácter pacífico y consensuado o que permitiese reconocer las libertades. El barómetro de abril de 2013 evidenció la erosión de las instituciones políticas. La confianza en la Monarquía –en una escala de 0 a 10– se situó en un 3’68 (desde 2011 venía obteniendo menos de 5), mientras que la que recibían los partidos se hundió hasta el 1’83. También en abril de 2013, y según una encuesta de Metroscopia, existiría un *gap* generacional en la actitud ante la monarquía: en el grupo de más edad la calificación (diferencia entre los que aprobaban y los que desaprobaban cómo ejercía sus funciones) se situó en 55, mientras que entre los menores de 34 años fue de –41⁵¹.

⁵¹ “El apoyo al rey se desploma, sobre todo entre los jóvenes”. *El País*, 7 de abril de 2013.

Estos datos deben enmarcarse en una conciencia generalizada sobre mala calidad democrática que cabe relacionar con momentos anteriores. Uno de los más relevantes correspondería a 1979-1980, un contexto de creciente tensión sociopolítica (problemas internos en UCD, desgaste del liderazgo de Adolfo Suárez, dificultades en el proceso autonómico, malestar militar, violencia terrorista, crisis económica e incremento del paro). Aquellos meses conformaron un entorno crítico en la estabilización del sistema y trazaron un escenario de desencanto. Ese leitmotiv estuvo presente en varios relatos audiovisuales concebidos como crónicas del tiempo presente, como el documental *Después de...* (Cecilia y Juan José Bartolomé, 1981 y estrenado en 1983) y la ficción *Y al tercer año, resucitó* (Rafael Gil, 1980).

Fueron dos filmes situados en las antípodas ideológicas. *Después de...* recogía un amplio registro testimonial sobre los logros y los costes del cambio, y por sí solo rebatía la idea simplista de olvido generalizado en la transición. Mostraba, por ejemplo, la tensión en el seno de la izquierda. Las secuencias iniciales de su primera parte destacaban la simbología republicana presente en el 1 de mayo de 1979 en Madrid, mientras que, en otros pasajes, se recogía la argumentación a favor del pacto con los sectores reformistas defendida por Santiago Carrillo. La película concluía contraponiendo las variables de la acción desestabilizadora (ETA y sus bases sociales) y la reacción (extrema derecha), sugiriendo el riesgo del golpismo militar.

Y al tercer año resucitó adaptaba, por su parte, un *best-seller* literario de Fernando Vizcaino Casas. Era una sátira que ofrecía un retrato apocalíptico de la transición como logro de la izquierda caracterizada por el terrorismo, la violencia callejera, la división de España, la erosión de la moralidad y el chaqueterismo. Bastaría con el rumor de la resurrección de Franco para que Adolfo Suárez –personaje por primera vez representado en la ficción audiovisual– rescatase de su armario el uniforme de secretario general del Movimiento. O que se produjese una confusión entre maniobras militares y golpe de Estado, para que en cualquier pueblo de España la gente se

lanzase a la calle en apoyo a las fuerzas armadas.

Ambas películas coincidieron en radiografiar una actualidad definida por la superación –pero también la presencia– de la memoria inmediata sobre la dictadura. Ese mismo prisma estuvo presente en la historia divulgativa. Un número extraordinario de 1980 de la revista *Tiempo de Historia* hizo balance del cambio bajo el epígrafe del posfranquismo⁵². Por su parte, diversos análisis sociológicos coetáneos valoraron el agotamiento del franquismo como proyecto colectivo para entender cómo era posible la transformación que estaba aconteciendo. La evolución de la estructura social se resaltó como ítem decisivo en el *Informe Foessa* de 1975. Esa tesis fue recogida y desarrollada, entre otros, por Víctor Pérez Díaz en su influyente ensayo sobre retorno de la sociedad civil⁵³. Asimismo se indicó que la desmovilización potenciada por el régimen facilitó la desafección ciudadana ante la posibilidad del franquismo sin Franco, ayudando a la acción política reformista⁵⁴. O se habló de subsistencia generacional de una cultura democrática enraizada en el recuerdo de la II República, que habría permanecido latente en ciertas áreas sociológicas⁵⁵.

Muchos de estos argumentos –que, por supuesto, no eran incompatibles entre sí– acabaron acoplándose en los dos grandes modelos explicativos sobre la transición configurados en los años ochenta: el estructural-funcionalista sobre modernización social y el que resaltó la función activa de las elites políticas. En este último caso se diferenciaron dos variantes. Bien que dichas elites actuaron en el objetivo de dismantelar el entramado franquista por criterios de coste y opción racional, bien ejerciendo una capacidad de liderazgo. No obstante, en cualquiera de los dos casos habrían disfrutado de un

indispensable apoyo social, por muy tácito que éste fuese.

Desde los años noventa estos enfoques se amoldaron a la interpretación historiográfica⁵⁶. Sin embargo, es necesario recalcar la rápida conformación de tesis multifactoriales, así como la coexistencia entre visiones con matizaciones diversas: la que privilegiaba la importancia de la dimensión política (en parte, en consonancia con el impulso que gozó la Nueva Historia Política), o la que resaltó el plano social (explicando, por ejemplo, las claves que imposibilitaron el mero continuismo o la implantación traumática de la ruptura)⁵⁷. Y, ya sobre todo desde la primera década del siglo XXI, se ha resaltado a la movilización en cuanto “proceso de lucha y recuperación de la democracia” como vector a tener en cuenta, tanto como elemento de presión (forzar a las elites reformistas a avanzar), como de socialización democrática⁵⁸.

Una senda paralela, entrecruzada en ocasiones con la reflexión historiográfica, fue la trazada por la monumentalización de la transición. Ahí cabe situar distintos ejercicios divulgativos, como las primeras colecciones de fascículos que historiaron el período privilegiando el protagonismo de la clase política⁵⁹. No obstante, el nacimiento del relato oficial se ligó sobre todo con las lecturas inmediatas realizadas a raíz de la actitud de Juan Carlos I ante el 23-F, y se reforzó gracias al discurso sobre modernidad colectiva que surgió entre la adhesión a la CEE (1985) y los eventos de 1992.

⁵² *Tiempo de Historia*, 72 (1980).

⁵³ Pérez Díaz, V., *El retorno de la sociedad civil*. Madrid, IEE, 1987.

⁵⁴ Cfr. con López Pina, A. y Aranguren, E. L., *La cultura política en la España de Franco*. Madrid, Taurus, 1976, o Sastre, C., “La transición política en la España desmovilizada”. *REIS*, 80 (1977), 33-68.

⁵⁵ Cfr. con Maravall, J. M., *La política de la transición*. Madrid, Taurus, 1982.

⁵⁶ Cfr. con Ortíz Heras, M., “Historiografía de la Transición”, en *La transición a la democracia en España. Historia y fuentes documentales*. Guadalajara, Anabad, 2004, 223-240.

⁵⁷ Como muestras de ambas orientaciones, Tusell, J., “La transición a la democracia como fenómeno de Historia política” y Juliá, S., “Orígenes sociales de la democracia en España”, en Redero, M. (ed.), *La transición a la democracia en España. Ayer*, 15 (1994), 55-75 y 156-187.

⁵⁸ Saz, I., “Y la sociedad marcó el camino. O sobre el triunfo de la democracia en España (1969-1978)”, en Quirosa-Cheyrouze, R. (ed.), *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, 29-42.

⁵⁹ *10 años que cambiaron España. Historia de la transición*. Madrid, Diario 16, 1983-1984.

En su proyección colectiva los medios jugaron un papel decisivo, ya fuese desde la información televisiva o desde la prensa, por ejemplo en relación con el ensalzamiento de la imagen del soberano como guardián y garante del sistema democrático. En este entorno cabría añadir alguna semblanza biográfica sobre el rey, que partía del hecho de la popularidad de la institución monárquica para terminar alimentando tal reconocimiento⁶⁰.

Este tipo de evocaciones acabaron ligándose con otro formato de historia pública: los documentales televisivos. Un título pionero fue *Operación tránsito* (Baltasar Magro y Soledad Alameda, 1985). Establecía una perspectiva finalista de la transición, resaltando la fractura que se habría producido, aún en el franquismo, entre el Príncipe Juan Carlos y la inercia continuista de la dictadura. Ese mismo enfoque fue recogido y amplificado en la serie *La Transición* (Victoria Prego y Elías Andrés, confeccionado entre 1987-1993, y emitido en 1995), desde un tratamiento que debe advertirse como contra-mirada a *Después de... o a Y al tercer año, resucitó*.

La Transición ha sido enjuiciada como propuesta divulgativa orientada a erigir aquella etapa en matriz fundacional del tiempo presente⁶¹. Su trama ofrecía una crónica pautada por el liderazgo personal, particularmente del rey Juan Carlos y de Adolfo Suárez. Paralelamente, constataba una selectividad de memorias individuales: contó con los testimonios de numerosas figuras reformistas o de la oposición, mientras que la memoria nostálgica del franquismo sólo estuvo encarnada en los comentarios de José Utrera Molina. *La Transición* se readaptó en forma de literatura divulgativa⁶², pero, sobre todo, influyó en numerosos documentales

posteriores. Entre ellos, en los de naturaleza conmemorativa sobre la figura del rey, como *Juan Carlos I. 25 años de reinado* (Victoria Prego y Elías Andrés, 2000)⁶³.

La emisión de *La Transición* coincidió con las primeras interpretaciones académicas culturalistas dedicadas a aquel período. Este punto de vista debe enmarcarse en la multiplicación de enfoques orientados a explorar las conexiones entre míticas de pasado, memoria inclusiva y fomento simbólico de la idea de ciudadanía. En el caso concreto de la transición española, este prisma explicativo relacionó las políticas de memoria de los años setenta con las de los ochenta y noventa, destacando su continuidad en el discurso público. Según dicha tesis, habría existido un acoplamiento entre tres referentes simbólicos (reconciliación, europeización y democratización). La significación de tales postulados sería complementaria: socializar la idea de superación de los lastres endémicos de la historia española (violencia, aislamiento y autoritarismo), sirviendo así de base donde fundar un modelo de identidad colectiva cara al presente y a su continuidad futura⁶⁴.

La estabilización del relato oficial sobre la transición se vio favorecida en torno a 1995 por otros aspectos, en paralelo al agotamiento del gobierno socialista. Cabe mencionar el creciente homenaje a Adolfo Suárez. O la cooptación de la idea de transición por el PP, encarnada en un ensayo de José María Aznar que encubría un programa electoral basado en el objetivo de “recuperar el centro”⁶⁵. Ya durante la segunda mitad de la década, el PCE protagonizó un tránsito opuesto de recuperación de la identidad republicana y denuncia del consenso constitucional. Tal

⁶⁰ Powell, Ch., *El piloto del cambio*, Barcelona, Planeta, 1991 y *Juan Carlos. Un rey para la democracia*. Barcelona, Ariel, 1995.

⁶¹ Hernández, S., “Historia y memoria audiovisual de la reforma política en España. Los valores democráticos postulados por la serie de TVE *La Transición*”, en J. Guillamet (coord.), *Venticinco años de libertad de expresión*. Barcelona, Universidad Pompeu Fabra, 2004.

⁶² Prego, V., *Así se hizo la Transición*. Barcelona, Plaza & Janés, 1995.

⁶³ Sobre estas producciones, Rueda, J. C., “Una utopía retrospectiva? Memòria i nació en el documental sobre la Transició democrática”. *Afers*, 28, 75 (2013), 329-351.

⁶⁴ Edles, L. D., “Rethinking Democratic Transitions: A culturalist critique and the Spanish Case”. *Theory and Society*, 24 (1995), 370-384, o Morán, M. L., “La cultura política y la interpretación de las transiciones a la democracia (Notas sobre el caso español)”. *Política y Sociedad*, 20 (1995), 104-110.

⁶⁵ Aznar, J. M., *España. La segunda transición*. Madrid, Espasa Calpe, 1994.

actitud coincidió con el primer sustrato reivindicativo sobre memoria histórica.

Durante la primera década del siglo XXI se ha asistido a una dinámica hasta cierto punto afín a la indicada sobre el Holocausto: al ensanchamiento de la transición como vector de memoria generalista, pero también a una diversificación de prácticas de memoria o contra-memoria, de enfoques historiográficos y de estrategias de evocación audiovisual. Tales fenómenos se emplazaron, además, en un entorno caracterizado por la maduración de la segunda generación de recuerdo, la de los hijos de la transición.

La monumentalización se ha reforzado, paradójicamente, gracias a la proliferación de interpretaciones críticas. La expresión “mito de la Transición” ha servido como confluencia para distintas acepciones. Entre ellas, para discursos que han denunciado al relato oficial como mecanismo de reproducción ideológica de un sistema caduco⁶⁶. De ahí su implementación en la nueva izquierda fermentada tras el 15-M y la movilización contra el gobierno Rajoy⁶⁷. Pero aquella expresión ha sido reutilizada igualmente por la historiografía, por ejemplo para resaltar el peso de las sombras tardofranquistas en el proceso de reforma⁶⁸. En otros casos, se ha criticado la visión de una transición inmaculada, resaltándose la importancia que tuvieron las violencias (terroristas de distinto signo, socio-laboral o (para)estatales). Han sido interpretadas como condicionantes del tránsito político y como coadyuvantes en la idea oficial de reconciliación nacional, una clave que debe observarse como pieza en la política de memoria y como retórica en la gestión gubernamental de esos mismos focos de tensión⁶⁹.

⁶⁶ André-Bezzana, B., *Mitos y mentiras de la Transición*. Madrid, El Viejo Topo, 2006.

⁶⁷ Monedero, J. C., *La transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española*. Madrid, Libros de La Catarata, 2013.

⁶⁸ Gallego, F., *El mito de la Transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona, Crítica, 2008.

⁶⁹ Baby, S., *Le mythe de la transition pacifique. Violence et politique en Espagne (1975-1982)*. Madrid, Casa de Velázquez, 2012.

Tampoco han faltado querellas entre historiografía y estudios culturales. Ahí se sitúan las críticas a los estudios de Paloma Aguilar, estimando que confunden memoria en la transición con memoria hegemónica o que obvian otras prácticas de recuerdo alternativas que circularon en el espacio público⁷⁰. Por el contrario, Santos Juliá ha polemizado abiertamente con los enfoques culturales que han insistido en todo lo contrario: en ver la transición como una fase de amnesia⁷¹. En este mismo sentido, Carme Molinero ha recalcado el sentido instrumental de las “renuncias” asumidas por la izquierda en 1975-1977, subrayando que la resultante del cambio político acabó pareciéndose muchísimo más al proyecto de futuro de esa misma izquierda que al que manejaban los programas aperturistas de la derecha⁷².

La retórica de la transición ejemplar ha servido de munición política para justificar desde 2012 el blindaje constitucional en el discurso del PP. También desde algunas prácticas de memoria mediática se ha amplificado el relato oficial de la transición. Cabe considerar diversos *biopic* emitidos por cadenas nacionales, como *20-N. Los últimos días de Franco* (Roberto Bodegas, 2008), *23-F. El día más difícil del rey* (Silvia Quer, 2009), *Adolfo Suárez, el presidente* (Sergio Cabrera, 2010), *Tarancón, el quinto mandamiento* (Antonio Hernández, 2010) o *Sofía* (Norberto López Amado, 2010). Todos compartieron ciertos estándares dramáticos: la personificación y simplificación histórica; el liderazgo político como protagonismo heroico; la invisibilidad de la base social; el juego entre realismo e invención; la empatía emotiva con el espectador, o el objetivo de actualizar el pasado. Estas ficciones pueden observarse como última generación en las estrategias de representación histórica televisiva. Engarzaron con propuestas previas formalizadas desde la información en directo o el documental, al

⁷⁰ Druliolle, V., “Memory as the Return of the Repressed for Social Research: a Critical Discussion of Paloma’s Aguilar Work”. *Journal of Spanish Cultural Studies*, 13, 2 (2012), 113-127.

⁷¹ Juliá, S., “Cosas que de la transición se cuentan”. *Ayer*, 79 (2010), 297-319.

⁷² Molinero, C., “La transición y la renuncia a la recuperación de la memoria democrática”. *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11, 1 (2010), 33-52.

tiempo que proporcionaban al espectador nuevos ángulos de visión.

En algunos documentales cabe apreciar un juego de refuerzos generacionales. Las vivencias compartidas y el homenaje vertebraron *El legado de la quinta del rey* (Jenaro Castro, 2013), realizado tras el deterioro en la imagen del monarca por el caso Urdangarín y el accidente en Bostwana. Por su parte, las tesis de continuidad y renovación sirvieron de leitmotiv para *Los 40 del príncipe* (Pilar G. Bartolomé, 2008), dedicado a Felipe de Borbón. Y la reproducción generacional de memoria para *Adolfo Suárez, mi historia* (Ángel Navarro, 2014), un documental programado a raíz de la muerte del ex presidente basado en el testimonio de su hijo. Suárez Illana se ha trastocado, además, en guardián de memoria de su progenitor ante las acusaciones de implicación del rey en la Operación Armada, una polémica presente en el espacio público en mayo de 2014, el momento de concluir estas líneas⁷³.

⁷³ Urbano, P., *La gran desmemoria*. Barcelona, Planeta, 2014.